

Lo que no debes rechazar

El rey Saúl, conocido como el rechazado, llega a su punto de quiebre espiritual. El texto inicia con las palabras de Samuel diciendo: “«El Señor me ha enviado a ungierte como rey de Israel, su pueblo. Por lo tanto, debes prestar atención a lo que el Señor te ordene. Así ha dicho el Señor de los ejércitos: “Voy a castigar a Amalec por el mal que les hizo a los israelitas cuando los atacó al salir de Egipto, y les impidió que siguieran su camino.” Así que ve y mata a los amalecitas; destruye todo lo que tienen. No les tengas compasión a sus hombres ni a sus mujeres, y ni siquiera a sus niños de pecho; ni a sus vacas, ovejas, camellos y asnos.»”

Dios está decidido a traer el juicio prometido sobre todo el pueblo de Amalec. Los amalecitas, eran un pueblo descendiente de Esaú. Así que parientes medio lejanos de los actuales israelitas. El nombre del pueblo es de un nieto de Esaú, hermano de Jacob, del cual tomaban el nombre... pero ya habían pasado los más de 400 años, que estuvieron en Egipto, así que tenían desarrollos muy diferentes como naciones.

Saúl es llamado a cumplir un juicio histórico sobre Amalec. Ahora bien, como ocurrió tantas otras veces, la palabra de Dios no le pareció razonable a Saúl. Dios le dio la orden de acuerdo con Sus planes, de ejecutar un juicio y ha decretado, como ya lo había hecho sobre varias naciones. ¿Recuerdan lo que Dios hizo en el diluvio, en Sodoma y Gomorra? Juicios muy radicales.

A Saúl eso aparentemente no “le movía la aguja,” o sea no lo inquietaba mucho. Le hacía falta un poco de perspectiva histórica a este rey. Parece que la conocía...pero Saúl no estaba dispuesto a realizar las cosas como Dios se la pedía, él tenía su propia interpretación de lo que se le decía hacer, da la impresión que no le gustaba mucho seguir órdenes de su superior. Ahora bien, la gran verdad es que Dios sabe lo que hace y Dios sabe lo que dice. Por lo que, necesitamos entender lo que Saúl no consiguió entender: que a veces la palabra de Dios ofende las expectativas humanas, ofende la razón humana, ofende la tradición, aquello que estamos imaginando que debería ser la actitud o la postura que se esperaría de Dios. Ante tal realidad, a pesar de la orden explícita de Dios de traer juicio sobre los amalecitas, la verdad es que Saúl creía tener ideas mejores que las de Dios: él pensaba que su procedimiento, su percepción era más razonable que lo que Dios había ordenado.

Leemos que “Saúl lanzó todo su ejército sobre los amalecitas, y los derrotó; los persiguió desde Javilá hasta Shur, al oriente de Egipto,” dice el versículo 7, “y mató a filo de espada a todo el pueblo, aunque dejó con vida a Agag, el rey de Amalec.” Además de perdonarle la vida al rey Agag, Saúl y su ejército preservaron las mejores ovejas y vacas, los terneros más gordos y, en fin, todo lo que era de valor.

A pesar de la orden de Dios, Saúl y los líderes no le prestaron atención a la orden divina. Decidieron preservar la vida al rey de los amalecitas y lo mejor de entre sus pertenencias, lo que había sido consagrado para la destrucción; “Consagrado para la destrucción”... el famoso cherem, aquella palabrita que habla de aquello que está destinado a la destrucción en casos como este, en ese tipo de guerra que había en

la antigüedad en Israel. Sin embargo, Saúl rechazó la orden, y el rechazo de la palabra de Dios, es un pecado muy serio. Por eso, el versículo 10 dice lo siguiente: “Pero el Señor le dijo a Samuel: «Estoy muy disgustado por haber hecho rey de Israel a Saúl, pues se ha apartado de mí y no ha cumplido con lo que le ordené hacer.»”

Tanto se alteró Samuel que pasó la noche clamando al Señor por Saúl, pero no había vuelta, Saúl fue rechazado. Saúl pecó contra Dios y explícitamente Dios dice que se arrepiente de haber escogido, de haber puesto a Saúl como rey debido a su actitud, como ya vimos anteriormente en otros capítulos. Era una actitud de desprecio a la palabra divina, desprecio a las cosas santas, desprecios a aquello que Dios define y delimita. A pesar de eso, a pesar de su actitud, Saúl presenta una postura impresionante. Fíjate en lo que dice en el versículo 13: “Cuando Samuel llegó a donde estaba Saúl, éste le dijo: «¡Que el Señor te bendiga! Ya cumplí con lo que el Señor me ordenó hacer.»”

Saúl, el desobediente, es religioso. Su lenguaje es religioso. ‘Seguí las instrucciones del Señor,’ dijo. Y sin que nadie pregunte proclama su justicia. Es interesante observar que a pesar de haber desobedecido abiertamente, él afirma a todos que su actitud fue de obediencia hacia Dios.

La verdad es que el que rechaza la palabra de Dios, de esa manera tan desvergonzada, está dispuesto a no ver la realidad de su situación, y hasta la justifica. Solamente a sus ojos obró bien, se autoinfligió una ceguera de conveniencia. Dominado por su propia medida de justicia, él practica con convicción el rechazo de la palabra de Dios. Por eso es que asusta tanto ver cómo Saúl tiene el coraje de proclamar su justicia con total desfachatez.

Es impresionante ver cómo el pusilánime, el frágil, el temeroso, el impulsivo Saúl, responde a Samuel en esta ocasión. El versículo 15 del texto nos lo dice: «Esos animales fueron traídos de Amalec. El pueblo dejó con vida a las mejores ovejas y vacas, para sacrificarlas al Señor tu Dios Todo lo demás fue destruido.»” Vemos ahora que Saúl, quien rechaza el mandato de Dios, ahora culpa a los demás. Cuando Samuel lo cuestiona, en vez de admitir su error, Saúl dice: ‘mira, los soldados fueron los que trajeron y apartaron todo esto para sacrificarlo al Señor; pero lo demás lo destruimos totalmente’.

El versículo 20 refuerza todavía más la extraña actitud de Saúl. Dice Saúl: “«Yo cumplí con lo que me ordenó el Señor. Destruí a los amalecitas, y como prueba he traído a Agag, su rey.” La verdad es que, el que rechaza la palabra de Dios suele insistir en su justicia. Es hipocresía, la propia justicia de Saúl. Pero no queda allí, esa actitud se refuerza aún más.

El versículo 21 dice: “Fue el pueblo quien tomó lo mejor de las ovejas y vacas, lo que debió haber sido destruido primero, para ofrecer sacrificios al Señor tu Dios en Gilgal.” El que rechaza la palabra no solamente culpa a los demás, sino que también se vuelve religioso. Cada vez que alguien desobedece a Dios, tras haber recibido un plan de acción claro y preciso, pero lo abandona, intenta cubrir su desobediencia con

un sacrificio, pero Dios no está interesado en eso. Fíjate como el texto bíblico, en los versículos 22 y 23, nos presenta lo que realmente importa.

Allí dice: “¿Y crees que al Señor le gustan tus holocaustos y ofrendas más que la obediencia a sus palabras? Entiende que obedecer al Señor es mejor que ofrecerle sacrificios, y que escucharlo con atención es mejor que ofrecerle la grasa de los carneros.” Y agrega Samuel: “Ser rebelde es lo mismo que practicar la adivinación, y ser obstinado es lo mismo que ser idólatra. Puesto que tú no tomaste en cuenta lo que el Señor te ordenó, tampoco él te toma en cuenta como rey de Israel.»”

Ahí está Saúl, el rechazado, el rey que fue rechazado. Dios no está interesado en religión. Dios no está preocupado con sacrificios, ritualismos y formalismos, sino con Su palabra. La orden de Dios es la que se debe obedecer. Al rechazar, sin aceptar, la palabra divina, rechazando a Dios, Saúl camina por el peligroso camino de la religión. El arrepentimiento del que no oye la palabra para obedecerla es falso. “Ante las circunstancias, al no tener más argumento, al quedar en evidencia, Saúl dice medio con la boca pequeña y los dientes apretados: “¡Reconozco que he pecado!” “Por eso te ruego”, le dice a Samuel “que me honres con tu presencia delante de los ancianos del pueblo, y delante de todos los israelitas, y me acompañes a adorar al Señor tu Dios.”

Ante las adversidades, da un giro religioso, ceremonial y busca el apoyo del líder ético, con autoridad espiritual del cual se puede prender para zafar de la situación, pero en ese arrepentimiento no hay ningún rastro de veracidad, ninguna actitud que merezca consideración. Me impresiona lo consciente que es Samuel de lo que está pasando y no se deja usar pues le dice en el versículo 26: “«No te voy a acompañar a ninguna parte. Puesto que tú no tomaste en cuenta las palabras del Señor, tampoco él te toma en cuenta como rey de Israel.»”

El Señor lo rechazó como rey de Israel. Samuel lo deja en evidencia cuando se ejecuta frente a todos al rey amalecita, dando una lección ilustrativa de lo que produce la desobediencia. Terrible, y esto demuestra lo grave que es el pecado. Así que lo que descubriremos es que a todo en la vida podemos buscarle una solución improvisada, pero no hay solución para el que rechaza la palabra de Dios. La orden de Dios, por muy extraña y rara que pueda parecer, es la palabra divina y debe ser oída. El que rechaza la palabra será rechazado.